

LA EDUCACIÓN SUPERIOR: UN ÁMBITO DE TRABAJO PARA EL LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

*Miguel Bazdresch Parada*¹

Introducción

Normalmente la universidad ha reclutado su personal académico y docente de entre los mismos egresados de la institución. Los profesores, investigadores y autoridades, en la mayoría de los casos, tienen formación principalmente universitaria, es decir tienen un título o una carrera universitaria terminada. En la nómina de profesores de una licenciatura es poco frecuente encontrar personal con otra formación diferente a aquella que proporciona la misma carrera. Los casos diferentes a esta norma no escrita se dan cuando los planes de estudio prescriben algunas materias de estudio general cuya sustancia no es propia de la carrera en cuestión. Por ejemplo, Sociología en carreras de Administración o de Ingeniería; Administración o Contabilidad en carreras de Ingeniería o Matemáticas en carreras de Ciencias Sociales. En estos casos sí encontramos impartiendo clases a personas con una formación diferente a la de la carrera en la cual se trabaja.

Es pues, un supuesto y una norma aceptada que para ser profesor universitario basta el título correspondiente. Sólo en fechas recientes se ha cuestionado la preparación pedagógica de los profesores universitarios, e incluso es común ahora encontrar ofertas de formación didáctica o en “enseñanza superior” para profesores de la Universidad, incluso en el nivel, muy cuestionable, de maestría. Sin embargo, aún hay una gran distancia para asegurar que los profesores universitarios son “profesionales de la educación”, y específicamente de la educación “superior”.

¿Se puede pensar, dada esa realidad, en los profesionales de las ciencias de la educación para trabajar en la universidad, ya no como docentes de su propia carrera, sino como personal indispensable para bregar con la problemática

* Maestro en Educación. Profesor emérito e investigador de la Maestría en Educación del ITESO.

educativa de este tipo de instituciones? Apuntes a un esquema de respuesta constituyen la sustancia de estas notas.

Contexto

La universidad nacida para la transmisión y la creación de cultura en una sociedad incomunicada, renacentista y organizada según estamentos muy marcados, sufrió una transformación radical a partir del Liberalismo y la Revolución Francesa. Pasó a ser una institución abierta y profesionalizadora, es decir, a ofrecer patentes para el ejercicio, público y remunerado de un saber o de un hacer. Los médicos, arquitectos, sacerdotes y abogados en la Edad Media, lo eran por el reconocimiento de un maestro previamente reconocido y, sobre todo, por la propia población a la que servían; este último reconocimiento se otorgaba, como es de suponer, por la eficacia de sus dichos, recetas, obras o logros. A partir de la Universidad Napoleónica las profesiones se formalizaron e institucionalizaron a través de la propia universidad.

En la universidad medieval las personas acudían a escuchar la cátedra de los universitarios; y algunos jóvenes con vocación por el estudio, las letras o las humanidades aspiraban a ser catedráticos. En la universidad napoleónica se controla el saber, se distribuye y se asigna a quienes cumplen requisitos previamente prescritos, y los jóvenes aspiran a practicar una ciencia o una técnica en una institución diferente de la propia universidad; es decir aspiran a ser profesionistas.

La ciencia moderna en los siglos XIX y XX encontró, cada vez más en las universidades europeas, una sede para cultivarse y desarrollarse. Igualmente la aplicación de los descubrimientos científicos tuvo en la universidad europea un "caldo de cultivo" muy fértil. De la universidad salieron el saber y las personas para aplicar la ciencia en la resolución de los problemas sociales; salud, educación, vivienda, trabajo, la industria, la guerra, etc. Y aunque estos productos de la universidad hubieron de conjuntarse con otros constitutivos de la sociedad, sin ellos, el mundo no sería como hoy lo conocemos.

Paralelamente, en la universidad de los países americanos se da una evolución del modelo medieval, con el cual nacieron, al modelo napoleónico, pero con dos matices: uno, el modelo napoleónico se adopta un siglo después, al terminar el espejismo de una América independiente hecha a la luz de la Europa de la cual se independizó, política pero no culturalmente. Dos, los problemas sociales de la América independiente eran muy distintos de los que la universidad napoleónica podía resolver: la pobreza, la ignorancia, el pluralismo étnico, el débil doblamiento del territorio, las enormes distancias entre centros de población, en fin, la carencia de proyectos nacionales firmes, creíbles y viables.

Así, las universidades se convierten en una forma de movilidad social ascendente y quien obtiene un título profesional puede entrar, la mayor parte de las veces, a una región social de menores carencias y, en muchos casos, a la abundancia. En sociedades cuyo desarrollo económico y social depende, casi siempre, del exterior, la universidad no juega un papel de "productora de la cultura" sino de capacitación mínima para integrarse a los cuadros profesionales de un esquema de desarrollo vertical, predefinido y dependiente.

De ahí el florecimiento en nuestro país de la formación tecnológica: la modernidad de los años cuarenta pedía, dado el modelo aceptado, ingenieros, administradores y otros técnicos capaces para ser la base nacional sobre la cual se levantara el crecimiento diseñado conciencia “desarrollada” europea o norteamericana. De ahí, se empieza a hablar de la universidad como una institución “educativa”, característica hasta entonces reservada para las escuelas de niños y jóvenes, quienes requerían “educación” para arribar al mundo adulto, o si escogían la universidad, para dedicarse al estudio y la reflexión.

En poco más de cien años tenemos una importante transformación de la universidad: de ser una institución cultural dedicada al saber, la ciencia y aplicación de ésta a la solución de los problemas de la sociedad; pasamos a una universidad dedicada a la capacitación de profesionistas, quienes entrarán al mundo del trabajo, título mediante, cuya actuación puede o no estar ligada a los problemas sociales.

Hacer cultura ha pasado a segundo término ante la demanda de cuadros germinalmente preparados para demandas de las actividades productivas en la sociedad.

Universidad: cultura y educación

En el contexto descrito es crucial para la universidad ofrecer una educación de alta calidad. Al ideal humanista típico de la universidad original se suma el ideal pragmatista de nuestros días. Tres tensiones, al menos, aparecen en esta anteriormente impensable simbiosis. Las tres tienen que ver con un profesional de las ciencias de la educación, pues las tres son ámbito de quien domina las esencias del hecho educativo.

Saber frente a cómo saber. Si la labor de la universidad es entregar cuadros capacitados a la sociedad, éstos: ¿deben dominar el saber o deben dominar el cómo saber?; y ¿qué tanto saber es necesario (críticamente necesario) para aprender a cómo saber? Las preguntas no son ociosas pues la sociedad cambia sus intereses y metas con vertiginosa rapidez. Una meta social de hace cinco años, hoy puede ser obsoleta; por ejemplo, reducir la dependencia tecnológica del país hoy no es de primer interés. Hace todavía un sexenio sí lo era. Cualquier universidad enfocada a saber de ese problema tecnológico tuvo que enfrentarse a lo obsoleto de esa prioridad.

Tampoco la universidad puede centrarse en cómo saber solamente. Es comprensible, dada la sociedad que vivimos, no dedicarse al sólo saber establecido y riguroso, pues éste crece y se modifica más rápidamente que nuestro aprendizaje. Pero el Cómo saber depende, al menos según lo que “se sabe” de este asunto, de cierta información previa necesaria; cuánta y de qué tipo es aún desconocido.

Dos son los acercamientos al problema: el procesamiento de información y la construcción del significado. Los dos (impropio desentrañarlos aquí) implican al licenciado en Ciencias de la Educación, pues ambos están basados en antropología educativa, tienen estrategias educativas y suponen un estatuto

científico de la educación. Otros profesionistas no dominan esta materia. Aunque se sea profesor universitario de muchos años.

Saber para resolver frente a Saber para transmitir. La cultura de un pueblo, los conocimientos de la humanidad, la ciencia y la tecnología en un área determinada del saber son transmisibles de generación a generación. Un hecho fundante de la educación es precisamente el impulso del adulto a preparar al niño y al joven para la vida que le espera. En la universidad el joven puede recibir el conocimiento de sus mayores, profesores e investigadores, tal como ellos lo prepararon para él; es decir, en forma lógica para entenderlo como un todo organizado, complejo y utilizable. Durante décadas los profesores han desarrollado principalmente ese proceso: lo que saben y dominan exponerlo de tal modo que sea comprensible para quien no sabe. La esencia de las didácticas es ésta: cómo organizar el conocimiento para transmitirlo.

Sin embargo, ese desarrollo didáctico, muchas veces esquemáticamente presentado en libros, NO corresponde, y aun traiciona, la lógica interna con la cual el mismo conocimiento ha sido constituido por los hombres que lo descubrieron o razonaron. Ésta no correspondencia entre la estructura del conocer y la estructura del exponer muchas veces hace inaplicable el conocimiento. De tal manera resulta común escuchar aquello de “en la universidad se estudia pero en el trabajo se aprende”. Los jóvenes desean entrar al mundo del trabajo porque ahí sí se enfrentan a los retos profesionales. Es el resultado de una educación universitaria centrada en transmitir.

Por contra, si el saber se organiza para resolver implica el irrestricto respeto a las estructuras internas, lógicas e históricas con las cuales ese conocimiento ha llegado a tener ese estatuto. Y el profesor y el joven universitarios se enfrentarán a la necesidad (y aventura) de desentrañar dichas estructuras para apropiárselas. Y aquí entra el profesional de las ciencias de la educación, que si es tal, sabrá cómo y mediante qué procesos puede un joven apropiarse del conocimiento; y mediante qué y con cuáles acciones puede colaborar el profesor a ese proceso.

Profesión frente a Cultura. Sin duda que en este mundo los jóvenes ven en la universidad una forma de adquirir algunos elementos para orientar su vida de trabajo. La universidad está obligada a entregar los rudimentos de algún oficio (saber hacer) a los jóvenes alumnos. Este saber hacer, si bien no se opone por sí mismo a la apropiación de la cultura del grupo y de la sociedad en la cual se vive, sí puede ser un pretexto para el pragmatismo. Las presiones de los mismos jóvenes, los tiempos recortados que se tienen para cumplir las exigencias del Estado y los imperativos del mercado, cuyas presiones contribuyen a orientar la oferta universitaria de acuerdo con modas y según la competencia, obligan, en la práctica universitaria, a priorizar la profesión sobre la cultura.

Por contra, la universidad no puede considerarse a sí misma como tal, si no produce cultura, más en nuestro mundo concreto que parece haber abdicado de la razón en favor de la “magia que viene de fuera”. Renovar, innovar y construir la cultura, es decir los mejores modos de alcanzar felicidad y bienestar, son un impulso irrenunciable del ser humano; puede ser opacado momentáneamente por otros impulsos: puede ser reprimido por otras aparentes prioridades; pero, al fin

de todo análisis, el ser humano no puede, en este mundo, renunciar a dominarlo, a valerse de él y a crear instrumentos y modos para llegar a tal felicidad. Si la universidad renuncia a la cultura, renuncia a su esencia. Algo tomará su lugar inexorablemente.

Esta tensión vivida en nuestros días puede ser resuelta con la contribución de la educación; pues en la tarea educativa cada persona genera cultura para sí, y se vale de la cultura de otros para hacerlo mejor, más rápida y profundamente. Tales procesos del ser humano debieran ser uno de los principales objetos de estudio del profesional de la educación.

Conclusión

No es posible presentar conclusiones de un repaso esquemático de algunas ideas. Sin embargo, quisiera haber dejado claro cómo el licenciado en Ciencias de la Educación puede contribuir a la educación superior: desde las bases de la educación, con diseños para facilitar la apropiación del saber más que la mera exposición de éste, por muy clara que sea; y mediante la aplicación de métodos educacionales universitarios dirigidos a producir cultura antes que mera práctica de técnicas o recetas.